

Alfonso Carlos Comín, un cristiano por el socialismo

REYES MATE

Recuerdo mi primer encuentro con Alfonso Carlos Comín el 19 de marzo de 1973. Yo acababa de volver a España tras muchos años de estancia en Alemania y un breve semestre en el Chile de Allende. En las cercanías de Vendrell nos dimos cita un puñado de cristianos para organizar el movimiento de Cristianos por el Socialismo. Comín llegó tarde, porque los primeros síntomas de su mortal enfermedad no aconsejaban su presencia. De allí salió el *Documento de Avila*, con fecha de enero de 1973.

Desde entonces y a lo largo de múltiples encuentros, mesas redondas, viajes y calmas meditaciones no ha dejado de maravillarme la fuerza interior de alguien que, condenado a morir, tenía prisa por dejar consolidada su inquebrantable convicción: la convergencia entre la revolución del pueblo y el evangelio de los pobres.

La noticia de su muerte, no por esperada menos absurda, obliga a poner en el recuerdo la referencia a las relaciones personales, porque en Comín palabra y obra eran uno con su persona. Sin embargo, no es eso lo que ahora me interesa comunicar, sino destacar la significación de Alfonso Comín para la izquierda, para toda la izquierda.

La trayectoria de Comín es la del cristiano progresista que acaba militando en un partido marxista. En este sentido, Comín ha sido una figura lograda de lo que pretende Cristianos por el Socialismo. Por supuesto que no ha sido ni el primero ni el único militante cristiano marxista, pero él ha simbolizado teórica y existencialmente el punto central del planteamiento: afirmar, en la militancia marxista, el carácter público de su fe.

Fe

Para aclarar el carácter público de la fe en el marxismo, lo más práctico es recurrir a Lenin, que sólo acepta la *expresión privada de la fe* en un comunista. Es decir, cualquier cristiano, hasta un pope, puede militar —dice Lenin— en el Partido Comunista con tal que acepte el programa y la disciplina del partido. Pero que se guarde su fe para el cubículo de su conciencia. Se sobreentiende que la fe es un prejuicio infantil que caerá con la madurez revolucionaria del militante. El marxista ateo se puede permitir mirar ligeramente por encima del hombro al cristiano, seguramente un militante generoso, pero sellado con la blandura del meapilas moralistón. La fe nada

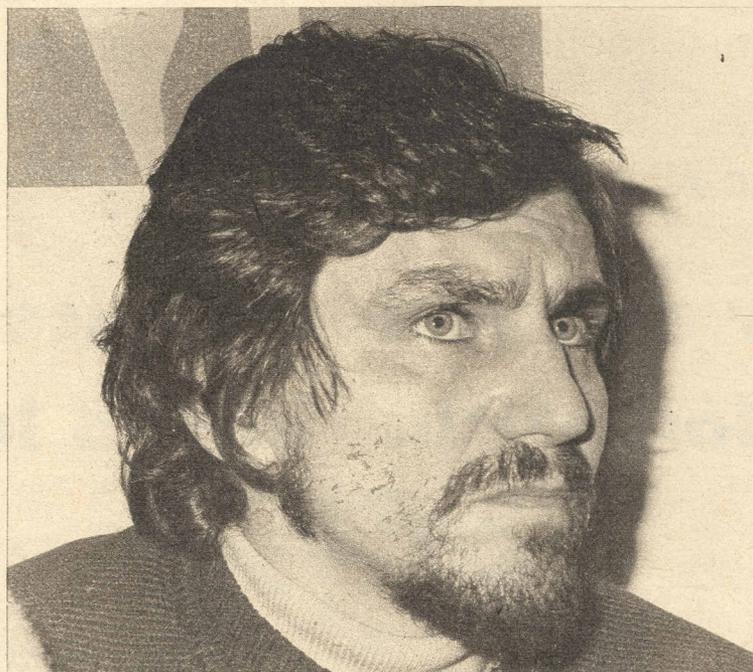


Foto: Jordi Socias/COVER

Con Alfonso Carlos Comín la izquierda ha perdido en España uno de sus hombres más significativos.

importa al proyecto revolucionario, que descansa sólidamente sobre rigurosos análisis científicos de la realidad.

La afirmación pública de la fe en la militancia socialista va por otros derroteros. En efecto, la relación marxista entre teoría y praxis conlleva un proyecto constante de recreación teórica de la realidad, en función de las fuerzas materiales que, de una manera contante y sonante, están interviniendo en su transformación. Pues bien, la motivación que los cristianos extraen de su propia tradición, así como la experiencia histórica de cristianos en el proceso de liberación, es *elemento material* cuya significación política debe estar presente en una teoría crítica marxista de la realidad.

Los Pulitzer de turno se echaron las manos a la cabeza, lo que no obsta para que el año pasado, en un encuentro sobre el tema organizado por el PSUC en Barcelona, se reconociera que ese planteamiento ya estaba incidiendo en dos temas fundamentales en un proyecto de inspiración marxista: *la laicidad del partido político* y *la crítica marxista de la religión*.

Puede parecer paradójico que la afirmación pública de la fe radicalice la *laicidad del partido político*. Pero el fenómeno comienza a resultar comprensible si reconocemos la querencia de los partidos políticos a constituirse en iglesias, sectas o, en el mejor de los casos, en sistemas de creencia. De ahí al dogmatismo, un pelín.

No se trata de privar al socialismo de elementos tales como la utopía, el sentido histórico de la realidad (de clara raigambre religiosa), sino de reconocer la pluralidad de tradiciones que operan en la realidad y que constituyen el socialismo. Desde hace tiempo no estaba de acuerdo con Alfonso Comín en la explicación de la relación entre esas distintas tradiciones: Comín pensaba que todas eran reducibles a la matriz marxista; yo le decía que la argumentación y el relato, la razón y el mito son dos formas irreducibles y complementarias de aproximación a la realidad. En cualquier caso, estaba claro que la laicidad es el reconocimiento de la función y de los límites de la razón, y que la laicidad pasa a ser sistema de creencias cuando se imagina aprehender el conjunto de la realidad desde el único análisis científico de la realidad.

La crítica de la religión

Por lo que respecta a la crítica marxista de la religión (CMR), es evidente que Marx la hizo y que los cristianos no se la pueden saltar. Desde Cristianos por el Socialismo se ha insistido por eso en que la lucha de clases pasa por la Iglesia, que la Iglesia no escapa a una específica función ideológica y que de poco valen bellas teologías que acaban bendiciendo ca-

ñones asesinos. Pero es posible una CMR *vital*, es decir, hecha desde la experiencia religiosa, rigurosa en su criticidad, pero abierta a horizontes que interesan al socialismo, aunque haya que relativizar a Feuerbach. Una de las razones de la descalificación marxiana de la religión estriba en su historia antiemancipatoria. Pero decía Comín con frecuencia que no sólo la Iglesia ha mandado santos a la hoguera, también el marxismo ha fusilado héroes. Tanto el marxismo como el cristianismo tienen un grave problema de legitimación histórica, no tanto por los cadáveres que han dejado tras de sí cuanto por su responsabilidad: en su mano han tenido en un momento u otro la posibilidad de hacer la Tierra habitable, y esto es un polvorín. ¿Cómo seguir creyendo en el futuro que anuncian? ¿Cómo seguir erguidos? No vale decir —como repite el marxismo— que el progreso tiene un costo, porque eso es legitimar cualquier inhumanidad. El cristianismo, a pesar de su responsabilidad, afirma algo decisivo para/contra un socialismo más preocupado por el progreso que por la libertad: que los caídos tienen sus derechos y que no se puede perpetuar una sociedad que los ignora.

Sería suicida para el socialismo colocar la experiencia acumulada en la tradición religiosa en el cajón "opio del pueblo".

En el haber de Alfonso Carlos Comín está no tanto haber contribuido sustancialmente a que estos y otros problemas se planteen en el seno de Cristianos por el Socialismo, sino que se debatan en el interior de un partido político y en la opinión pública. Y eso se lo tiene que reconocer el eurocomunismo (nosotros le decíamos cariñosamente *eurocominismo*). Por desgracia, entre nosotros, los socialistas, ese debate serio entre socialismo y cristianismo no ha tenido lugar. Entre nosotros campea más bien un esclerotizado anticlericalismo (que poco tiene que ver con una saludable CMR) que agosta la discusión necesaria y que se alude para desacreditar al rival político si tiene o ha tenido algo que ver con el cristianismo. Aquí la paz de los cementerios, que el debate no es rentable políticamente, por lo menos de puertas adentro. A la vista de los hechos, uno admira y respeta más la figura desaparecida de Alfonso Carlos Comín.